



## EDUCACIÓN SUPERIOR Y GEOPOLÍTICA DEL CONOCIMIENTO: El papel social de la Universidad

[enrique.ayalamora@uasb.edu.ec](mailto:enrique.ayalamora@uasb.edu.ec)

Enrique Ayala Mora<sup>1</sup>  
Universidad Andina Simón Bolívar

### Resumen

Estas líneas contienen algunas notas sobre la dimensión histórica de la universidad y lo que podría llamarse, en términos generales, su papel social. El tema, por supuesto, no es nuevo. Es tan viejo como la propia universidad. Pero algunos aspectos interesantes pueden ser considerados si, aun sabiendo que las respuestas también son viejas, pueden ser todavía útiles al plantearse nuevas preguntas. La Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, fue creada a fines del siglo XX como un centro sui generis que debía asumir el conocimiento 'desde abajo'. En esta institución hemos trabajado desde los años noventa en programas internacionales cuyo eje es la visión desde el sur del mundo. Y lo hemos hecho en estrecha relación con los movimientos sociales, que han jugado un papel central en nuestra actividad académica. Con este bagaje de práctica colectiva y con la experiencia de haber participado en debates sobre la historia y la misión de nuestra universidad latinoamericana, presente en este texto algunas ideas sobre el papel de los centros de educación superior en la historia del mundo y de América Latina.

### Palabras Clave

Educación Superior - Universidad Andina Simón Bolívar - Ecuador

<sup>1</sup> Enrique Ayala Mora ha sido hasta hace pocos años rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador; una universidad de la que fue fundador hace más de veinticinco años. Ha sido también profesor en la Universidad Central del Ecuador y en la Pontificia Universidad Católica en Quito. Intelectual reconocido en toda América Latina, se doctoró en Historia Moderna en la Universidad de Oxford en 1982. Auspiciador, editor y autor de la *Nueva Historia del Ecuador* (15 volúmenes, 1988-1995), y de la *Historia Andina* (8 volúmenes, 1998-2018) ha publicado más de setenta obras sobre historia ecuatoriana y sobre la región andina en general. Miembro destacado del Partido Socialista Ecuatoriano, ha sido diputado y constituyente, y Vicepresidente del Congreso Nacional. También es un reconocido editorialista, colaborando con numerosos medios de comunicación. Actualmente se desempeña como Presidente de El Colegio de América, sede Iberoamericana, en Quito, vinculado a la Universidad Andina.



## HIGHER EDUCATION AND THE GEOPOLITICS OF KNOWLEDGE: The Social Role of the University

[enrique.ayalamora@uasb.edu.ec](mailto:enrique.ayalamora@uasb.edu.ec)

Enrique Ayala Mora  
Universidad Andina Simón Bolívar

### Abstract

These paragraphs contain some notes on the historical dimension of the university and what could be called in general terms, its social role. The subject, of course, is not new. It is as old as the university itself. But some interesting facets could be discovered if, knowing that the answers could be old, they might look better if we ask new questions. The Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, was created at the end of the 20th century as a sui generis center that must assume knowledge 'from below'. Here we have worked since the nineties in international programs whose axis is the view from the south of the world. And we have done it in close relation with social movements, which have a central place in our academic activity. With this background of collective practice and with some experience of having participated in several debates on the history and mission of our Latin American university, I present some ideas about the role of higher centers in world history and in Latin America.

### Key Words

Higher Education - Universidad Andina Simón Bolívar - Ecuador

## Introducción

"Esta ya parece una universidad gringa", me decía un rector universitario para demostrarme que había logrado hacer de su institución lo que consideraba una réplica de un pequeño *college* privado norteamericano, creyendo que con ello había logrado el más alto nivel académico. Puede parecer que esta es una visión muy limitada o quizá ingenua, pero es parte de una manera muy generalizada de mirar las cosas. En no pocos ámbitos de Latinoamérica se ha vuelto una verdad indiscutible que el referente de calidad para todas las instituciones universitarias son los centros superiores del primer mundo, más exactamente, los de Estados Unidos. Allí estaría el espejo y el referente para lograr la excelencia.

Pero, aunque muy común, esa manera de ver no es ciertamente correcta. Todos los centros de educación superior del mundo deben formar profesionales, realizar investigación y desarrollar el conocimiento. En eso se parecen. Pero la cuestión está en determinar cuál 'conocimiento' y para qué. Y allí vienen buena parte de las diferencias. Los centros superiores no tienen en el tercer mundo el mismo rol que en el primero. Solo se parecen en parte. Por ello, en América Latina, la función y calidad de las universidades no puede ser medida exclusivamente con criterios exógenos, sino por el papel que cumplen en la sociedad. Nuestras universidades deben servir al medio en que están insertas, buscando la excelencia, sin someterse de manera incensurable a un modelo presuntamente universal. Al asumir su papel social, deben ser conscientes de que están de un lado u otro de una geopolítica del conocimiento.

Aunque no es nueva, ésta resulta ser una cuestión central. Por ello, hacer un aporte para el debate sobre el sitio que ocupa nuestra educación superior latinoamericana en el escenario mundial de la geopolítica del conocimiento es una tarea compleja. Las dificultades son múltiples. Mencionaré al menos tres de ellas.

Por una parte, salvo en casos muy excepcionales, casi no hay antecedentes de una reflexión de la universidad sobre sí misma. Por otra parte, aunque sí se ha advertido desde hace años que hay diferencias entre las realidades del primero y tercer mundo, el hecho es que, consciente o inconscientemente, tendemos a identificar la calidad con los modelos europeos o norteamericanos. Por fin, aunque se ha avanzado en ello, todavía la propia categoría 'geopolítica del conocimiento' está en construcción.

Consciente de esas dificultades, cuando asumí la tarea de formular algunas reflexiones sobre el tema, me refugié en mi condición de historiador. Estos párrafos contienen, en consecuencia, algunos apuntes sobre la dimensión histórica de la universidad y lo que se podría llamar, en términos generales, su papel social. El tema, desde luego, no es nuevo. Es tan antiguo como la propia universidad. Pero podrían descubrirse algunas facetas interesantes si, sabiendo que las respuestas podrían ser viejas, quizá se vean mejor si hacemos preguntas nuevas.

En ese empeño cuento con una ventaja. La Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador fue creada a fines del siglo XX y me tocó coordinar su equipo académico y administrativo en la construcción institucional desde el inicio. Así pudimos diseñarla como un centro *sui generis* que debe asumir el conocimiento 'desde abajo'. En la Universidad Andina hemos trabajado desde los años noventa en programas internacionales cuyo eje es la mirada desde el sur del mundo, sobre historia, literatura, estudios de la cultura, educación intercultural, relaciones internacionales, integración, comunicación, gestión, derechos humanos, salud, ambiente y sociedad, en cátedras especializadas en temas indígenas y afroandinos. Y lo hemos hecho en estrecha relación con los movimientos sociales, que tienen un espacio central en nuestra actividad académica.

Con este antecedente de práctica colectiva y con alguna experiencia de haber participado en varios debates sobre la historia y la misión de nuestra universidad latinoamericana, voy a exponer algunas ideas sobre el papel de los centros superiores en la historia mundial y en la de América Latina.

### **La Universidad, espacio de contradicciones**

Desde la remota antigüedad, en las culturas de todo el mundo, en Asia, en el Mediterráneo, en la América aborígen, en el mundo islámico, se crearon lo que ahora llamaríamos centros de educación superior. Pero la universidad, con los rasgos generales que tiene hasta hoy, es un invento europeo que ya tiene ocho siglos.

La universidad probó ser un invento exitoso por lo duradero y también por lo adaptable a todos los lugares del mundo. Ha tenido más aceptación que muchas otras instituciones y se ha extendido más que el cristianismo y el marxismo. Hoy hay universidades en los cinco continentes. Pero siendo una institución con perfiles

identificables comunes, es también muy diversa y adaptable. Y eso, en buena parte, ha sido una causa de su éxito.

Ahora, en las paredes de muchos hogares u oficinas de todo el mundo cuelgan fotografías de personas que usan el vestido de graduación con su 'birrete'. Esas fotografías podrían haber sido tomadas en Oxford, Porto Alegre, San Francisco, Lima o Singapur. Ese símbolo de la obtención de un título universitario es mundial. Esos títulos no solo sirven para el ejercicio en el ámbito local. De una u otra manera, pueden ser reconocidos o legalizados en otros países y continentes. La universidad no solo ha sido exitosa y resistente, sino que es una de las instituciones que se 'globalizó' muy tempranamente. Esa globalización incluye el nombre, porque el término universidad se usa en todas las latitudes, pero puede cubrir muy diversas realidades, desde las grandes instituciones hasta pequeños centros locales. Por ello, en este texto daremos al término su acepción más amplia.

A primera vista, las universidades que emiten los títulos tienen las mismas características en todas partes. Pero no es así. Reiteremos que, en principio, las funciones de profesionalización y de investigación se supone que son comunes a todas las universidades. Pero la manera cómo se forma a los profesionales y qué se investiga difiere mucho según el lugar en que se hace, porque las universidades expresan también las contradicciones y las realidades diversas de la sociedad en que funcionan. Son centros de desarrollo de la cultura, la ciencia y la tecnología en donde se abordan las complejidades del conocimiento, pero también lo banalizan y con frecuencia hacen 'recetas' para mirar la realidad. Reconocen que su raíz está en el pueblo, pero elitizan la cultura, los saberes y el ejercicio profesional. Son funcionales al poder, pero también lo critican y alborotan.

Todo lo dicho, desde luego, no es nada nuevo, pero es necesario volver a explicitarlo, porque vistas las cosas desde este ángulo, resulta claro que para conocer el papel que cumple la universidad en una sociedad, es preciso fijarse sobre todo en sus contradicciones internas y en sus relaciones, a veces conflictivas, con el medio. Hace falta ir más allá de los contenidos de sus planes de estudio, que pueden ser similares en todas partes, para descubrir su peculiar postura respecto del conocimiento mismo.

## La Universidad Colonial

Entre el siglo XVI y el siglo XVIII, la universidad colonial en América fue eso: *colonial*, es decir, funcional al sistema imperante y subordinada a los intereses de las metrópolis europeas. Pero estoy hablando desde la perspectiva del historiador y por ello esa definición ubica a nuestra universidad en el tiempo y no le da un carácter permanente. La universidad fue colonial en la colonia y luego pasó a ser republicana, aunque sus orígenes y numerosos rasgos coloniales tengan profundas consecuencias hasta el presente.

Las universidades coloniales en la América Española se crearon con el modelo de las instituciones medievales y renacentistas de la península ibérica. Incluso copiaron sus estatutos y pidieron los mismos permisos y privilegios pontificios para su establecimiento. Estaban en manos del clero y eran centros de formación de los cuadros directivos del Estado y de la Iglesia. Ensañaban Retórica, Filosofía, Derecho y Teología; los saberes que se consideraban necesarios para el 'buen gobierno'. Pronto se establecieron también estudios de Medicina, aunque de todos modos los médicos eran muy pocos y la gran mayoría de la gente acudía a los *llachags*, médicos o curanderos tradicionales.

Llegar a licenciado, maestro o doctor consolidaba una posición social y permitía el ejercicio de funciones en la estructura colonial. La mayoría de los funcionarios eran peninsulares y obtuvieron títulos en instituciones españolas, pero varios de ellos estudiaron en las universidades de Lima, Santo Domingo, México, Chuquisaca, Santa Fe, Quito o Guatemala. Entre ellos estaban obispos, maestros, oidores y jueces que sirvieron en todo el imperio.

Para ingresar en la universidad se debía probar 'pureza de sangre', es decir que estaban por principio excluidos los indígenas, negros y mestizos. También se debía demostrar ser 'cristiano viejo'. Los sospechosos de ser judíos o musulmanes quedaban fuera. Pero los fondos y otros recursos con que funcionaban las universidades provenían de las rentas de propiedades en las que trabajaban indios, negros y mestizos pobres, que ni soñaban en llegar a sus claustros.

La función de las universidades fue más allá de producir funcionarios y apuntalar el poder político. Fueron centros donde se consolidó el saber oficial, el conocimiento prevaleciente. Y esto implicaba dos realidades concomitantes. Por un lado, todas las universidades se establecieron para reproducir la visión del mundo de

los colonizadores, incluida su autoimagen de superioridad racial. Por otro lado, la consagración de la ciencia dominante excluía los saberes tradicionales de los indígenas y de los esclavos venidos de África.

Los conquistadores aprovecharon los conocimientos de los aborígenes en agricultura, salud y otras actividades de la vida cotidiana, pero desecharon la cosmovisión indígena e implantaron una cultura dominante que consideraba 'salvajes' a los saberes tradicionales. En medio de la evangelización destruyeron lo que pudieron de las expresiones de las culturas dominadas (templos, adoratorios y otros lugares sagrados) y persiguieron a los portadores de la sabiduría ancestral para erradicar 'idolatrías'. También eliminaron los lenguajes y las prácticas de los esclavos negros, que también fueron objeto de la cristianización forzada. Todos esos esfuerzos no lograron destruir las culturas dominadas, que hallaron formas de resistir y mantenerse, a veces usando incluso las creencias, ceremonias y prácticas del cristianismo impuesto.

Las universidades fueron el centro de la cultura colonial dominante donde se enseñaba los conocimientos desarrollados en el medio europeo, que se reputaban como los más avanzados. Entre los siglos XVI y XVIII, el desarrollo científico y técnico era aún incipiente en Europa y el capitalismo en ascenso no era todavía dominante. No se había dado aún la división internacional del trabajo. Por ello, entre el contenido intelectual de los centros universitarios del Viejo Continente y los del nuevo no había mayores diferencias. En varias universidades americanas se enseñaba a Newton desde la primera mitad del siglo XVIII.

Las universidades eran centros de reproducción del poder colonial, de discriminación y racismo. Pero también cumplían un papel en el avance del conocimiento y no deben desecharse todos los contenidos científicos que impartían. A nadie se le puede ocurrir, por ejemplo, que enseñar la gravitación universal en vez de la tierra plana y las interpretaciones literales de la Biblia fuera pura 'alienación europeizante'. Tampoco parece sensato que, a pretexto de preservar los saberes propios frente al eurocentrismo, se declarara verdad científica los mitos indígenas sobre la tierra y el universo, cuando había avances como los de Newton, que se dieron en el conocimiento de la mecánica celeste. Por otra parte, no debe desecharse sin más el aporte que las universidades hicieron a la cultura y al arte. Al fin y al cabo, una buena parte de lo que ahora consideramos como nuestro patrimonio artístico y cultural fue producto de la sociedad colonial.

Las universidades coloniales no podían ser otra cosa que funcionales al sistema. Por ello, incluso los avances científicos de ruptura que enseñaban no tuvieron repercusión en la estructura social. Pero, sobre todo en ciertos momentos, también expresaron las contradicciones de la sociedad. Fueron espacios de discriminación de blancos frente al resto, de ricos contra pobres y, hacia finales del siglo XVIII, del creciente cuestionamiento de los blancos peninsulares que ejercían la autoridad (*godos, chapetones, gachupines*) por los notables criollos marginados de la dirección política.

Así, a veces asumieron posturas de crítica de orden social y del poder. En algunos lugares, como Chuquisaca, en la Universidad de San Francisco Xavier, por ejemplo, la Academia Carolina, que se llamaba así en honor del rey Carlos III, se convirtió en un centro de cultivo de ideas ilustradas que se volvieron en algunos casos subversivas. Los doctores 'carolinos' fueron ideólogos de varias conspiraciones en varios lugares de Sudamérica y líderes de los primeros pronunciamientos anticoloniales desde 1809.

### **La Universidad Republicana**

La Independencia fue un proceso crucial y definitorio para nuestros países y para el subcontinente latinoamericano. A estas alturas ningún historiador serio niega esa realidad. Es verdad que no cambió significativamente las relaciones sociales y de propiedad prevalecientes, pero conmocionó a la sociedad toda, dinamizó la movilidad de personas y grupos, y dio paso a la vida republicana de nuestros países. La república trajo significativos cambios que se proyectan hasta nuestro presente. La superación del orden colonial y la fundación de los estados nacionales, incluso el solo hecho de que se reconocieran en principio los derechos de las personas, la democracia, la igualdad, aunque no se aplicaron, fueron pasos adelante que no pueden dejar de tomarse en cuenta.

En los años en que se dio el proceso de independencia, las universidades se mantuvieron como centros de debate de ideas, pero su funcionamiento fue sacudido por la guerra. Muchos alumnos se enrolaron en los ejércitos en pugna; autoridades y docentes eran removidos cuando ganaban el control militar y político los realistas o los insurrectos; ambos bandos destinaron al esfuerzo bélico las rentas universitarias.



Cuando terminó la lucha frente a la metrópoli y se establecieron los nuevos estados, en algunos casos se mantuvieron las universidades coloniales, como San Marcos de Lima, por ejemplo, pero fueron reorganizadas. En otros casos, se fundaron nuevas, como la Central de Venezuela, creada por Simón Bolívar, o la de Chile, mentalizada por Andrés Bello. Unas y otras se constituyeron en instituciones fundamentales de los nuevos estados.

Las universidades republicanas mantuvieron su función como productoras o reproductoras de la cultura y el saber dominantes. Continuaron con la tradición colonial de enseñar Filosofía, Teología, Derecho y Medicina. Con el tiempo se fueron instaurando escuelas o facultades de 'ciencias'. Pero, siendo la cúspide del saber oficial, siguieron siendo centros de capacitación profesional para clérigos, políticos y burócratas. Congregaban a reducidísimos grupos que se preparaban para el manejo de las leyes civiles y canónicas; para la dirección de las instancias del Estado y la Iglesia, especialmente la legislatura y la función judicial; para volverse profesores de la propia universidad, de los seminarios y colegios; para el libre ejercicio del derecho o la medicina, cuando era del caso, o simplemente para consolidar con un título académico una posición social basada en la propiedad de la tierra o el ejercicio del comercio.

Habiéndose abolido en la legislación republicana los mayorazgos y títulos nobiliarios, en una sociedad donde persistían los rasgos corporativos, el título académico venía a ser como un sustituto del título de nobleza, que otorgaba a quien lo obtenía, respeto de la sociedad y prestigio para ejercer influencia. Llegar a la universidad era un claro privilegio reservado a los varones (las mujeres, aún las más ricas no iban ni al colegio), a los hijos de grandes y medianos propietarios de tierras o comerciantes. Solo muy excepcionalmente podía un joven pobre llegar a sus aulas, cuando tenía notable talento y el patrocinio del clero o algún notable. Pero en este caso la carrera universitaria era un mecanismo de ascenso social y se esperaba que el agraciado representara los intereses de los sectores dominantes. Formalmente, ya no se necesitaba probar 'pureza de sangre' para ser aceptado, pero la estructura de la sociedad y del sistema educativo impedían que indios, negros y mestizos de origen campesino o artesanal llegaran siquiera a ser alfabetizados o a cursar las primeras letras, mucho menos la universidad.

Las universidades republicanas ya no exigían que el aspirante probara ser 'cristiano viejo' para acceder a sus aulas. Pero se mantuvieron firmes como baluartes

de las doctrinas católicas y excluían a los disidentes. La Iglesia conservó enorme influencia en el Estado y en todo el sistema educativo. Miembros del clero eran profesores, decanos y, frecuentemente, rectores universitarios. El contenido de la educación estaba controlado por las normas y prohibiciones canónicas.

Desde las primeras décadas de la vida independiente el predominio clerical fue desafiado por los 'regalistas', que defendían el derecho del Estado de dirigir la Iglesia, y por los liberales, que planteaban que las instituciones superiores debían ser seculares. Con el paso de los años, en la mayoría de los países esta tendencia se impuso y la influencia eclesiástica disminuyó, hasta que se llegó en algunos lugares a la vigencia de la universidad laica.

No cabe duda de que la universidad republicana y su desarrollo fueron un paso adelante frente a la universidad colonial. También parece claro que los centros superiores del siglo XIX tuvieron como uno de los ejes de su funcionamiento el apuntalar la implantación y ulterior construcción de los estados nacionales en Latinoamérica. Y eso debe considerarse como un avance, aunque no exento de contradicciones.

Aquí hago un paréntesis para aclarar que es un reduccionismo bastante burdo sostener que los estados nacionales latinoamericanos y su desarrollo histórico son meros hechos de continuidad de la dominación o la 'colonialidad'. En su inicio fueron dominados por las oligarquías e influenciados por el pensamiento europeo. Fueron, ciertamente, excluyentes y controlados por criollos convencidos de la superioridad de lo extranjero. Pero el establecimiento de nuestras repúblicas fue un gran avance para nuestros pueblos. Por ello debemos valorar el surgimiento de nuestras naciones, no satanizarlas simplistamente. Su desarrollo es parte de un camino contradictorio de construcción de lo que somos. Los estados nacionales fueron, sin duda, instancias de dominación, pero no pueden entenderse solo como continuidad colonial, sin considerar que también implicaron significativas rupturas. La vida de las repúblicas se dio en el marco de las luchas por la igualdad, la libertad y la participación democrática.

Las universidades del siglo XIX fueron centros de producción ideológica que consolidaban la dominación oligárquica con su visión de la sociedad y formaban los cuadros que requería el sistema para su reproducción. Difundían el conocimiento que venía de Europa y seguían despreciando otros saberes. Pero, sobre todo en

algunos momentos y lugares, fueron también espacios de contradicciones y de rupturas con el orden dominante.

Cuando, avanzado el siglo, con el predominio mundial del capitalismo, se consolidó la división internacional del trabajo, la diferencia entre las universidades del mundo capitalista avanzado y las de la periferia, como América Latina, se profundizó. Las universidades de Europa y Norteamérica desarrollaron también las ciencias exactas y naturales, las profesiones técnicas y la tecnología, en tanto que las nuestras continuaron siendo fundamentalmente centros de enseñanza de humanidades, con el Derecho como eje. Salvo en muy contadas situaciones, se generalizó la idea de que la ciencia podía solo existir en los países centrales y ni se intentó desarrollarla localmente. En el mejor de los casos se trataba de estar 'al día' en los avances que venían del exterior y se los divulgaba. Se compraban en el exterior máquinas, y a veces laboratorios, pero solo muy excepcionalmente se privilegió la educación superior técnica.

Vista la realidad desde esta perspectiva, resulta claro que las universidades no solo profundizaron la dominación, sino que también coadyuvaron a la inserción de nuestros países latinoamericanos en el sistema económico mundial y a la consolidación de la dependencia cultural y científica. Pero, dejando de lado toda postura maniquea, no debería desconocerse que no pocos contenidos del conocimiento europeo, como los principios democráticos, los derechos humanos, la libertad de conciencia, la teoría de la evolución, los avances médicos, que comenzaron a ser enseñados en nuestras universidades, fueron aportes positivos para los países, sobre todo cuando intelectuales y científicos locales trataron de asimilarlos en forma crítica y creativa, de acuerdo con nuestras realidades.

No se debe desconocer que, si la universidad fue una institución de sustento del sistema, del capitalismo en ascenso y de la dependencia internacional, también se constituyó, sobre todo en ciertas coyunturas, en centro de crítica del orden imperante, de defensa de la democracia y la libertad de conciencia, de combate al clericalismo y de impulso del Estado laico. Desde sus claustros se combatió, a veces con mucha radicalidad, a los regímenes autoritarios y se denunciaron sus abusos. Por eso fueron a veces víctimas de la represión de dictaduras, que las clausuraron y reorganizaron con sus adictos. La universidad era una institución funcional al orden prevaleciente, pero al mismo tiempo un espacio de

contradicciones, que albergaba la crítica a los regímenes oligárquicos, la difusión de ideas progresistas y un espacio, aunque limitado, para los políticos de oposición.

### **La Universidad en el siglo XX**

El nuevo siglo trajo significativos cambios sociales para América Latina: crecimiento de los centros urbanos, ascenso de las clases medias, irrupción de las organizaciones de trabajadores, modernización y extensión de las estructuras estatales, el comercio y la prensa. En el campo político, se dieron algunos pasos democráticos, como la ampliación del electorado y la modernización de la administración pública. En el ámbito internacional, bajo el predominio del imperialismo, el capitalismo penetró en Latinoamérica como en otros continentes.

Con el avance del siglo, las sociedades y los estados latinoamericanos demandaban más profesionales. Por ello las universidades debieron crecer y, en varios casos, ampliar su oferta de carreras. La estructura profesionalizante, que se conoció en Francia como 'universidad napoleónica', se consolidó en nuestro medio. Se organizaban por facultades y escuelas, de acuerdo con los títulos que otorgaban, centrándose en la formación profesional. La investigación estaba ausente, salvo rarísimas excepciones. Los centros de formación técnicas siguieron siendo escasos. De este modo, se amplió la brecha entre el desarrollo científico y técnico de los países capitalistas centrales y el de América Latina. El conocimiento y la producción científica se daban solo en esos países y lo más que podía hacer la educación superior latinoamericana era divulgarlos.

Con los cambios sociales y políticos se ampliaron las demandas por participación y democratización. En ese marco se dio el mundialmente famoso 'Movimiento de Córdoba' de 1918, cuando los universitarios de esa ciudad argentina se tomaron el claustro y emitieron un manifiesto que se divulgó por el continente, demandando calidad académica, democratización, modernización y participación de los estamentos en el gobierno de las instituciones.

Desde las primeras décadas del siglo XX las universidades latinoamericanas se democratizaron internamente. Se cambió la legislación en la mayoría de los países y se aceptó el 'cogobierno', con la participación de los alumnos en la elección de autoridades y en los órganos directivos. Se organizaron asociaciones y federaciones estudiantiles. Las universidades profundizaron su papel político y crítico frente a la

sociedad. En sus elecciones internas se enfrentaron posiciones ideológicas y, sobre todo, el movimiento estudiantil se convirtió en un protagonista de la agitación y la protesta, a veces con mucho impacto. En general, docentes y alumnos tomaron posturas frente a los gobiernos, especialmente dictatoriales, en defensa de las libertades de sufragio y de prensa.

Cuando en la segunda y tercera década del siglo irrumpieron las ideas socialistas en el subcontinente, muy pronto hallaron un espacio en los claustros universitarios. De ese modo, a la demanda por libertades, se sumó la lucha por la justicia social y el apoyo a la organización popular. La izquierda hizo de la educación, y dentro de ella la superior, uno de los principales espacios de su crecimiento y desarrollo.

A lo largo del siglo XX la universidad latinoamericana se consolidó como institución laica. El clero fue marginalizado y las tendencias confesionales perdieron influencia. Así se propició la creación de universidades católicas, entidades particulares destinadas a la formación de cuadros profesionales que dirigirían las organizaciones políticas de derecha afines a la Iglesia Católica.

La universidad pública creció y se diversificó. Las tradicionales facultades dieron origen a otras facultades, escuelas o carreras. De Derecho surgieron, por ejemplo, Economía, Administración, Sociología. De Medicina se desprendieron Enfermería y Obstetricia. Las facultades de Filosofía, que generalmente formaban maestros, abrieron nuevas especialidades. Los estudios de 'ciencias' se diversificaron y aparecieron las facultades de Ingeniería, que luego se fueron especializando en diversos campos técnicos.

Avanzado el siglo, con el discurso de la responsabilidad social, se inició la 'extensión universitaria', que abarcó diversas formas de servicio a la comunidad. Esa conciencia de ser útil a la sociedad fue positiva. Pero, aunque se amplió el ingreso de los sectores medios a la universidad, el pueblo siguió quedando al margen. Los más pobres no llegaban ni a completar la educación primaria y no podían llegar a la educación superior que, si bien en la mayor parte de los países era gratuita, demandaba, además, de gastos de manutención para poder cursarla.

Pese a los cambios, la universidad siguió siendo estructuralmente funcional a la ideología dominante y siguió difundiendo una ciencia producida en los países capitalistas avanzados de Europa y Norteamérica, que se consideraba como

superior o única. Prevalecía la aceptación expresa de que en nuestros países no se podía dar investigación científica sistemática y un desarrollo técnico y tecnológico consistente. Apenas se repetían, o a más tardar se trataban de adaptar, los conocimientos que venían de fuera. Esta idea prevalecía no solo respecto de las 'ciencias duras'. Inclusive se sostenía que en nuestros países no podía generarse filosofía, que solo se producía en Europa. Y sus avances llegaban acá casi siempre con retraso. De esta manera, se profundizó una geopolítica del conocimiento en el marco de la consolidación de la división internacional del trabajo, un rasgo determinante del capitalismo mundial. Todo ello agudizó la dependencia de los países y, en el caso de las universidades, su carácter profesionalizante.

Pero, habiendo establecido el carácter dependiente de nuestra universidad, sería absolutamente unilateral no reconocer que en ella se gestó también un pensamiento que reivindicó lo nacional, que defendió la identidad de nuestros países y cuestionó las visiones eurocéntricas de los estados-nación. El indigenismo, por ejemplo, llegó muy tempranamente a los claustros de México y América Andina y abrió un proceso que, si bien fue una visión 'desde fuera' de intelectuales mestizos, fue antecedente de la demanda de los pueblos indígenas por el reconocimiento de sus propios derechos y su protagonismo social.

En no pocas ocasiones la lucha por la democracia devino en posturas contra hegemónicas. El enunciado del compromiso de la universidad con el país y con los más pobres encontró expresión en las tendencias socialistas que se generaron en el seno de los movimientos de trabajadores y de los intelectuales de sectores medios que participaban de la universidad. Desde entonces, la vinculación con el movimiento social ha sido uno de los caracteres más progresistas de nuestra educación superior.

Se ha argumentado que el socialismo y el marxismo son también parte del pensamiento europeo y no surgieron en nuestra América. Por ello, serían de todas maneras visiones eurocéntricas impuestas. Esa postura simplista ha sido rebatida muchas veces, sobre todo por el hecho de que la izquierda latinoamericana no nació como imitación de la europea, sino como producto de las contradicciones de nuestras propias sociedades. Pero se debe reconocer, además, que si bien se repetían a veces las fórmulas más burdas del estalinismo esquemático, también se hizo un esfuerzo muy original por pensar nuestra realidad con cabeza propia. Así se desarrolló un vigoroso socialismo de raíz latinoamericana que consideraba las

dimensiones sociales y étnicas, denunciaba la explotación oligárquica, la acción del imperialismo y las contradicciones del subcontinente. Y en ello la universidad cumplió un destacado papel.

Cuando a mediados del siglo XX se impulsaron las tendencias desarrollistas en todo el continente, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) logró gran impacto en el pensamiento económico latinoamericano. Las posturas desarrollistas y las propuestas cepalinas impulsaron la industrialización, la inversión pública, la planificación y, en general, la presencia más activa del Estado en la economía. Estas propuestas se recibieron con entusiasmo en amplios sectores de la universidad. Tuvieron particular influencia en varios ámbitos, especialmente en los trabajos académicos de muchos docentes, en la enseñanza y en las tesis de graduación.

Los planteamientos desarrollistas tuvieron un destino contradictorio en los claustros universitarios. En algunos casos se adaptaron a los planes de gobierno y hasta a las acciones contrainsurgentes de los gobiernos. Fueron funcionales a la dominación y no rebasaron los límites de una educación superior destinada a reproducir la ideología prevaleciente y las necesidades de profesionalización de los sistemas vigentes. Pero, también promovieron el conocimiento crítico de la realidad, visibilizaron las condiciones de explotación de amplios sectores de la población, sus posibilidades de organización y lucha. Se combinaron con métodos y tesis marxistas, que permitieron nuevas aproximaciones a viejos problemas de pobreza e inequidad. Muchos centros superiores de estudios económicos y sociales tuvieron un papel central en la divulgación de esas interpretaciones y propuestas.

Las universidades cumplieron de ese modo una función crítica destacable, especialmente a partir de los años sesenta, cuando la Revolución Cubana impactó muy significativamente en todo el continente. El movimiento estudiantil, sobre todo en algunos lugares, tuvo un papel decisivo en la movilización y la protesta social contra los regímenes imperantes, muchos de ellos dictatoriales, y contra el imperialismo.

Con el desarrollo de las propuestas cepalinas, del marxismo creativo y de otras vertientes como el nacionalismo progresista o la doctrina social de la Iglesia, se fue formando en América Latina un pensamiento crítico propio, que impulsó la unidad y la integración, con tesis anti imperialistas e interpretaciones como la marginalidad y la dependencia, que fueron centrales en el pensamiento social

latinoamericano, reconocido mundialmente como original e innovador. En este proceso las universidades tuvieron un rol muy destacado.

En suma, si bien las universidades fueron centros en que predominó una geopolítica del conocimiento en que dominaba el eurocentrismo y el desdén de lo propio, también fueron espacio para el avance del pensamiento crítico en el subcontinente y para el desarrollo de una fuerte identidad latinoamericana. Toda realidad, al fin y al cabo, está hecha de contradicciones. Por ello, la defensa de la autonomía universitaria, amenazada por los regímenes dictatoriales y autoritarios, se convirtió en un elemento central de la vida democrática de los países.

### **La Universidad en el presente**

Las características de este texto no permiten que dedique mucho espacio a un diagnóstico de la universidad actual. Pero, en términos muy generales, es preciso ratificar de partida que también en el presente las universidades son instituciones funcionales al sistema. Sin embargo, son centros que albergan las grandes contradicciones de la sociedad. Solo con una visión muy reduccionista se puede decir que, sobre todo las que hacen honor a su nombre, han sido únicamente centros de 'colonialidad' o de reproducción de la dominación prevaleciente. Porque, aunque hay algunos centros superiores que cumplen a rajatabla la misión de transmitir el pensamiento dominante, en otros se abrieron espacios críticos que se constituyen en grietas en la dominación.

Las universidades latinoamericanas de hoy son centros del conocimiento oficial, como fruto de su larga historia, de las contradicciones de la sociedad en que están enraizadas y de una situación de dependencia cultural y científica dominada por los saberes del norte. Pero también son espacios de crítica y cuestionamiento, no solo del *status quo* y del poder, sino también de los saberes dominantes dentro de los países y en la esfera internacional.

A inicios del siglo XXI, el desarrollo científico y tecnológico de nuestros centros superiores latinoamericanos está quizá más distante que nunca del de las universidades del primer mundo, especialmente de aquellas que tienen crecidas fuentes de financiamiento en los gobiernos y en los planes de defensa de los países ricos, en las grandes corporaciones internacionales y en las necesidades del mercado globalizado. Ni los países, ni las empresas ni las propias instituciones



superiores están en condiciones de superar esa barrera. Tal parece que la 'globalización', que se supone nos acerca, y en algunos aspectos así lo hace, en muchos otros nos aleja más que nunca.

Frente a esta realidad, es evidente que se debe hacer algo. Nadie puede estar satisfecho con la situación. Pero no toda iniciativa de cambio es adecuada o conveniente. Aquí, quizá con mayor urgencia que en otros campos, debemos hacer el universitario ejercicio de la crítica. En varios países la propuesta oficial sostiene que nuestras universidades deben parecerse a las del primer mundo, en especial a las norteamericanas. Y en el caso de nuestro país, el Ecuador, deben imitar más directamente a las de Corea del Sur, un país cuyo modelo de crecimiento económico parece ser el referente de quienes un día dijeron que iban a instaurar el 'socialismo de siglo XXI'.

En varios países de América Latina se ha planteado que la reforma universitaria debe conducirnos a una universidad, o a todo un sistema de educación superior, que funcione con los parámetros del primer mundo. La propuesta es la 'modernización refleja'. Y para ello se pretende medir a nuestras instituciones con los 'rankings' internacionales, con sistemas de evaluación y acreditación estandarizados, en los que el principal criterio es satisfacer la demanda de profesionalización y con un ejercicio que llaman 'investigación', medido a través de las publicaciones de los académicos en revistas acreditadas, mejor si son de los países capitalistas avanzados.

Comencemos por constatar lo obvio, que muchos burócratas se niegan a ver. Aunque invirtiéramos más de lo que podemos en la Educación Superior y en investigación, nuestras universidades no serán iguales ni funcionarán de la misma manera que las de los países capitalistas avanzados. Simplemente porque los centros superiores son funcionales a su medio y no pueden ser trasplantados o copiados en realidades diferentes. Cuando se trata de impostar el modelo, se advierte que no es posible y lo que se logra son burdas caricaturas que no merecerían siquiera un comentario si no costaran la millonada que cuestan.

Por otra parte, resulta también claro, y vale la pena reiterarlo, que lo que nuestros países necesitan es una universidad que responda al medio nacional y latinoamericano. En un acalorado debate sobre la calidad de la educación superior y su reforma, argumenté que en Ecuador, nuestro país, y en toda Latinoamérica, no

puede imponerse un modelo de institución universitaria que intentara ser un remedo de las universidades de Estados Unidos. Un funcionario público me respondió con la peregrina afirmación de que era un acomplejado porque no quería que hubiera un Harvard en el Ecuador. Mi respuesta fue: "*Aquí no podremos tener nunca un Harvard porque no tenemos un Pentágono*".

El iluminado burócrata no entendió el mensaje y me replicó que estaba cambiando de tema, pero algunos de los presentes sí se dieron cuenta de lo que estaba diciendo. Aunque tuviéramos los miles de millones que demanda el funcionamiento de las grandes universidades norteamericanas, simplemente no podríamos replicar sus programas de docencia, y sobre todo de investigación, porque buena proporción del funcionamiento de las instituciones estadounidenses y de otros países del primer mundo se financia con recursos de la defensa nacional. Hay una estrecha relación entre el sistema universitario y el complejo militar que demanda el desarrollo de tecnologías de punta.

Aún más, aunque la investigación para la defensa no tuviera en Estados Unidos el peso que tiene, de todas maneras la función de sus universidades no podría ser replicada aquí sin más. Su realidad es diversa a la nuestra. Por ello, las instituciones universitarias no pueden ser consideradas iguales ni evaluadas de manera idéntica. No precisamos un 'Harvard criollo', aunque pudiéramos hacerlo.

Nadie niega que uno de los ejes de un cambio hacia el futuro es la calidad en la enseñanza y en la producción académica. Por ello resulta evidente que una auténtica reforma universitaria debería fijar estándares y mecanismos rigurosos de evaluación y acreditación. Pero estos deben ser, ante todo, pertinentes a la realidad de la región y los países. No hay criterios de calidad en el aire. No se puede medir el nivel y la eficiencia de las instituciones superiores sino con instrumentos que permitan establecer si son esas las que la sociedad necesita y no la que se propagandiza en el mercado internacional del conocimiento.

Resultaría cómico, si no fuera trágico, constatar que el resultado de un trabajo de investigación no se mida por cuánto sirvió para solucionar un problema concreto de los países, de las ciudades y pueblos, espacialmente de los sectores más pobres; sino más bien porque sus autores lograron que el artículo en que exponen los resultados, buenos o malos en la práctica, se publique en una revista indexada en determinadas bases de datos.

La reforma universitaria que necesitamos debe buscar abiertamente la calidad y la excelencia para desarrollar el conocimiento y graduar los profesionales que la realidad requiere. Para ello, la universidad debe pensarse a sí misma con un despiadado sentido crítico, sabiendo que tiene límites y potencialidades.

No hace falta mucho esfuerzo para ver que la universidad tiene una función estructural dentro del sistema y por ello no podrá volverse del todo 'alternativa', es decir, una institución antisistema. La cuestión no está en buscar la receta para que los centros superiores se conviertan en 'islas liberadas' o en 'estados dentro del estado'. El punto central es que sean de veras plurales y cumplan simultáneamente estas funciones, planteadas en términos muy generales:

- Desarrollar la ciencia y la tecnología con libertad y sentido crítico de acuerdo a las necesidades del medio, sin adoptar la modernización refleja, pero sin recelo de asimilar los conocimientos de dondequiera que vinieran, manteniendo una apertura al pensamiento universal.

- Preparar a los profesionales y realizar las investigaciones que la sociedad requiere, como un ejercicio de autonomía plena y de responsabilidad con el medio en que están insertas.

- Garantizar la libertad de cátedra e investigación, la democracia interna y el ejercicio de la crítica, que son condiciones fundamentales de la vida universitaria.

- Respetar y promover las diversidades, desarrollar un pensamiento propio y abrirse a otros saberes, sobre todo a aquellos de que son portadores los sectores subalternos de la sociedad.

- Democratizar las instancias directivas y promover la participación de la comunidad científica en las decisiones de política y de aprobación de proyectos.

Cumplir los tres primeros puntos planteados no es fácil, pero pareciera que no cabe mucha discusión sobre su contenido. En cambio, el debate respecto de qué es 'lo propio' de cada país, de América Latina, pudiera generar perplejidades.

Se ha vuelto frecuente entre nosotros definir lo propio como lo indígena originario. Serían propios, en nuestro caso, solamente los saberes andinos preservados por pueblos indígenas, cuya riqueza de conocimientos ha sido, en verdad, no solo negada y ocultada, sino perseguida por visiones eurocéntricas. A

veces se sostiene que los saberes tradicionales de los afrodescendientes también deben considerarse como propios, junto con los indígenas, para sustituir al saber dominante occidental, que es 'ajeno' o 'implantado'. Pero esas son posturas unilaterales y, por ello, profundamente erradas.

En verdad, los saberes de los indígenas y afros han sido tradicionalmente considerados como 'inferiores' o 'falsos', como brujerías o fetiches. Y esto, desde luego, es del todo errado. Por ello debemos reconocer nuestra identidad diversa y asumir que esos son graves prejuicios que se basan en el racismo puro y duro y en una geopolítica del conocimiento que considera como tal solo al conocimiento generado en los países capitalistas avanzados, sobre todo en los dos últimos siglos. Debemos, por tanto, reafirmar, aunque esto ya no es felizmente una novedad, que en las raíces de nuestra realidad están esos saberes, no solo como expresión propia de indios y negros, que debemos respetar y rescatar, sino como lo propio de todos, como patrimonio común de los miembros de nuestras sociedades nacionales, que somos radicalmente diversos.

Pero ir de allí a la afirmación de que solo el saber indígena y originario es propio, que las identidades y cosmovisiones mestizas son meros 'discursos de la dominación', hay un abismo. 'Lo propio' es producto radical de la diversidad. Los componentes subalternos de nuestras sociedades son muy complejos. Y en todos ellos hay elementos de nuestra identidad que debemos preservar. Los saberes y las luchas de los indígenas, mestizos, afros y migrantes asentados aquí son parte de lo propio de todos.

Lo propio no se ancla en el fundamentalismo ancestralista, sino en el reconocimiento de que lo propio no es solo lo indígena, sino todo aquello que la sociedad ha generado desde dentro como expresión de su desarrollo e identidad. Hay un vigoroso pensamiento subalterno surgido de la lucha social, que es radicalmente 'nuestro' e incluye expresiones mestizas e influencias y categorías 'occidentales'. Lo 'latinoamericano', 'sudamericano', 'andino' es siempre muy rico e incluye los saberes que ha generado nuestra realidad diversa y nuestra relación con el mundo.

Al analizar la situación de nuestras universidades en el marco de la geopolítica del conocimiento debemos recordar que están perennemente inmersas en un sistema sociopolítico y un marco internacional al que son funcionales, pero

que por ello no deben renunciar a mantener espacios de crítica y hasta de insurgencia, como en efecto muchas lo hacen. Función central de la educación superior es cultivar los saberes para la libertad, la democracia y la justicia social.

Entre lo 'universal' del saber y lo 'propio' hay una lucha eterna. Por ello debemos pensar y vivir una universidad que enfrenta la globalización del capital y el conocimiento que impulsa el neoliberalismo. Avanzar, no por la modernización refleja, la internacionalización subordinada o el fundamentalismo etnocentrista, menos aún por los cálculos del mercantilismo académico, sino por la aceptación de nuestra radical diversidad, en la conciencia de que el saber y los centros superiores son bienes públicos, y de que los pueblos son los actores centrales de su historia.

Fecha de recepción: 05/07/18  
Aceptado para publicación: 30/08/18

## Referencias Bibliográficas

- Ayala Mora, Enrique, *La Universidad Ecuatoriana entre la Renovación y el Autoritarismo. Aportes para la memoria y el debate*, Universidad Andina Simón Bolívar, Fundación Hernán Malo, Corporación Editora Nacional, Quito, 2015.
- Calamandrei, Piero, *La Universidad de Mañana*, Ediciones Jurídicas Europa-América, Buenos Aires, 1961.
- Cielo Cristina, Ospina Pablo y Vega Cristina (Coor.), *Reforma y Renacimiento. Conversaciones docentes sobre la reforma universitaria en Ecuador*, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Fundación Hernán Malo, Corporación Editora Nacional, Quito, 2016.
- Didriksson, Axel (Ed.), *La UNESCO frente al cambio de la educación superior en América latina y el Caribe, Memorias del Seminario UNAM/UNESCO, México, Junio de 1995*, Cresalc/Unesco, Caracas, 1995.
- Gacel-Avila, Jocelyne (Coor.), *Nuevos avances hacia el Espacio Eurolatinoamericano para la Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2015.
- Gandarilla Salgado, José Guadalupe, *Universidad, Conocimiento y Complejidad. Aproximaciones desde un pensar crítico*. Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Julio. 2014.
- Huneus, M Carlos, *Movimientos Universitarios y Generación de Elites Dirigentes – estudio de caso*, Corporación de Promoción Universitaria, Santiago de Chile, 1973.
- Norambuena Carmen, Seballos Sylvia, Díaz Georgina, Comité Editorial, *Cumbre Iberoamericana de Rectores de Universidades Estatales*, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, 2000.
- Ordoñez Espinosa, Hugo, *Crónicas sobre la Universidad*, Universidad de Cuenca Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Sociales, Cuenca, 2004.
- Pérez Guerrero, Alfredo, *Esquicios de la Universidad y la Patria*, Imprenta de la Universidad Central, Quito, 1955.
- Puiggrós, Adriana, *De Simón Rodríguez a Paulo Freire Educación para la Integración iberoamericana*, Edición del Convenio Andrés Bello, Unidad Editorial, Bogotá, 2005.
- Sánchez, Francisco y Hernández Nieto, Rosana (Eds.), *Bases institucionales y normativas para la construcción del Espacio Europeo, Latinoamericano y Caribeño de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación*, Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca, FLACSO España y Fundación EU-LAC, Salamanca, 2017.
- Silva Michelena, Héctor y Rudolf Sonntag, Heinz, *Universidad, dependencia y revolución*, Siglo XXI, México, 1971.
- Tedesco, Juan Carlos, Braslavsky, Cecilia y Carciofi, Ricardo, *El Proyecto Educativo Autoritario. Argentina 1976-1982*, FLACSO, Buenos Aires, 1983.

Villavicencio, Arturo, *Innovación, Matriz Productiva y Universidad. Por qué Yachay es una estrategia equivocada*, Fundación Hernán Malo González, Corporación Editora Nacional, Quito, 2014.

VV.AA., *Actores Sociales y Cambio Institucional en las Reformas Universitarias Chilenas*, Corporación de Promoción Universitaria, Santiago, 1973.

VV.AA., *Seminario Internacional de Evaluación y Acreditación. Aportes para pensar la Educación Superior del Ecuador*, SENPLADES, Quito, 2009.